

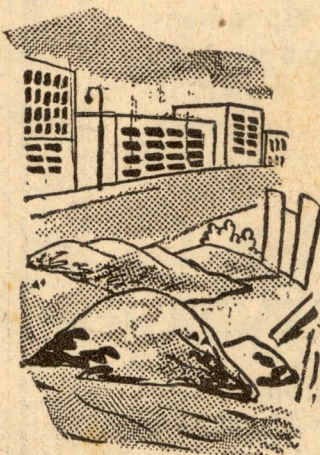
El Parque y su Función Social

por Sebastián Salazar Bondy

Si se consultan las estadísticas sobre delincuencia infantil y juvenil en Lima, se verifica sin esfuerzo que son los sectores de más densa población y de edificación más abigarrada, y que paralelamente poseen menos zonas verdes, aquellos en las que florece con mayor ímpetu la población de menores de edad entregada al crimen. La Victoria, por ejemplo, y dentro de ella el barrio de El Porvenir, constituye un criadero fecundo de muchachos que tempranamente se sitúan al margen de la ley, y cuya triste carrera se inicia como "pájarc frutero" y concluye tras las rejas de la cárcel por causa de algún desmán sangriento. Son innumerables los factores que influyen en la producción de este tipo de individuo (quiebra del hogar, vivienda insuficiente, miseria, etc.), pero entre ellos no es menos decisiva la dramática ausencia de lugares de distracción sana, de parques públicos, de campos deportivos, de lo que el urbanismo moderno llama "áreas libres". El efecto de esta carencia no es de primera intención visible, mas basta una breve reflexión para medir la importancia del "área libre" en la vida social de la ciudad moderna.

Una investigación al respecto recientemente realizada por un grupo de urbanistas norteamericanos ha proporcionado excelente información sobre la función social de los parques públicos. Comparando los datos sobre delincuencia precoz y zonas verdes en Nueva York, los técnicos norteamericanos han concluido que el delito disminuye en un 50 por ciento en los barrios en donde existen lugares de recreo, hasta los 500 metros a la redonda de dicho núcleo de esparcimiento. Según las mismas estadísticas, el 80

por ciento de los delincuentes comunes que cumplen condena en las cárceles yanquis procede de la delincuencia juvenil, y en consecuencia se deduce que, como elemento de formación moral, los jardines, campos de deporte y bosques urbanos para distracción popular son fundamentales.



¿Cómo es que las "áreas libres" influyen así en la conducta de los niños y los adolescentes?. En los jóvenes—se explica— hay una tal reserva de energía, un tal instinto de agresividad, como le llaman los psicólogos, un tal ímpetu vital, en fin, que se hace urgente encauzarlo debidamente, dándole una salida inocua y provechosa. El deporte, la vida campestre, el juego al aire libre, son medios de dirigir esos impulsos en un sentido en el que no hagan daño. Nada hay más desesperante en la edad inicial que el ocio y la rutina en los que se acumulan, ejerciendo una presión peligrosa, esas fuerzas propias de la vida que quiere manifestarse activa-

mente. Cualquier incentivo, proceda de donde procediere, hace estallar la explosiva constitución juvenil. ¿Qué son, a la postre, esos famosos "rocanroleros", que periódicamente figuran en la crónica policial por haberse lanzado a la destrucción de bandas enemigas, propiedades ajenas o cosas públicas, sino víctimas del abandono en que se hallan, del poco interés que la familia y la sociedad ponen en su ansia de acción y realización?

Es suficiente mirar el plano de Lima, ciudad que crece a un ritmo de gran celeridad, para observar que faltan parques, jardines, campos de solaz colectivo. El caso de El Porvenir no es único. La densidad no está compensada por una correlativa cantidad de "áreas libres" en ninguna parte del triángulo limeño, en el cual, al norte o al sur, al este o al oeste, la tierra se reserva para urbanizaciones —la ley obliga a guardar espacios para plazas, pero parece que siempre hay modos de escamotearla—, al extremo que la futura de manda está cubierta con excesiva antelación. De otra parte, el centro de la ciudad ofrece algunas posibilidades (los espacios que dejarán próximamente la Penitenciaría, el Hipódromo de San Felipe y el Aeropuerto de Limatambo), que frustrarán, de prosperar, los proyectos urbanizadores respectivos. Si las autoridades miden con objetividad el influjo social que puede ejercer la ausencia de "áreas libres", no cabe duda alguna que contemplarán en toda su trascendencia la importancia de dotar de un respiro abierto y pleno a las masas ciudadinas, que constreñidas a existir en la sordidez urbana pueden ser el crisol de un mal irreparable.